

EN LA MISMA LIBRERIA DE JUAN
de Llera, se venden los Libros siguientes.

Sermones del Ilustrísimo Señor Don Juan Bautista Ma-
sillon, &c. Traducidos por el Padre Don Pedro Diaz de
Guereño, de la Congregacion de Clerigos Reglares de San
Cayetano, once tomos en quarto, su precio 132. reales en
pergamino, y 176. en pasta.

Excelencias del Matrimonio, y obligaciones de las per-
sonas que abrazan este estado, &c. traducidas por el mis-
mo, dos tomos en octavo, su precio 12. reales en perga-
mino, y 16. en pasta.

Los tratados del Sacerdocio, escritos por San Juan Chry-
sostomo, y traducidos al Castellano, un tomo en octavo, su
precio seis reales en pergamino, y ocho en pasta.

Coluti Thebani de Raptu Helenæ, en Griego, y en
Castellano, un tomo en quarto, su precio siete reales en
pergamino, y 12. en pasta.

Examen de Boticos, un tomo en octavo, su precio
seis reales en pergamino, y ocho en pasta.

Conocimiento de las catorce Aves menores de Jaula,
su cántico, enfermedades, curacion, &c. un tomo en octa-
vo, su precio quatro reales en pergamino, y seis en
pasta.

Soliloquios del Alma, escritos por el Venerable Tho-
màs de Kempis, en Castellano: un tomo en octavo, su pre-
cio tres reales en pergamino, y seis en pasta.

Carta acerca de la inoculacion de las viruelas, su pre-
cio tres reales.

AÑO

Pag. 1

AÑO PANEGYRICO.
SERMON

PARA EL DIA DE LA CIRCUNCISION
del Señor.

*Postquam consummati sunt dies octo, ut circumci-
deretur puer, vocatum est nomen ejus Jesus.*

Al octavo dia despues del nacimiento del Niño,
dia de su Circuncision, se le puso por nombre
Jesus. *Luc. 2.*



Ué consuelo, Catholicos, el de esta
festividad! ¡Qué dia este tan feliz pa-
ra dar principio al año! Acaba Dios de
consolarnos con la venida de su ama-
do, y unigenito Hijo, pocos dias há
que le vimos nacer, y oy todo nos anuncia, y ma-
nifiesta, que nació para salvarnos.

Y à la verdad, Señores, ¿qué puede significar es-
ta ceremonia, pregunta Origenes? Dios mandó à
Abraham, que todos los niños de su posteridad fue-
sen circuncidados al octavo dia de su nacimiento:
Pero ya fuese la Circuncision una señal vergonzosa,
ò ya una dolorosa expiacion del primer pecado,
¿qué conexion puede tener con el Hijo de Maria?

Tom. I.

A

Su

Su carne, obra del Espíritu Santo, y consiguientemente santa en su mismo origen, no podía tener mancha alguna que expiar; ¿pues qué podía significar la Circuncision que en ella se executa? ¡Ah, Catholicos, responde Origenes, el nombre de Jesus, que se le impone, explica todo el Misterio: la herida que recibe, denota, no un pecador, sino la víctima del pecado, y la poca sangre, que oy derrama, añade San Agustin, es, por decirlo así, una prenda que nos dá anticipadamente de que la ha de derramar toda por nosotros.

Ved aquí, ò Dios mio, ved aquí una víctima, digna de vos: herid, Señor, ya podeis vengar vuestra gloria. Hasta ahora se han perdido vuestros golpes, por haver caído sobre unas criaturas tan indignas de teneros por Juez, como por Padre; señalad vuestra venganza con otros golpes mas nobles: ved aquí un hijo de Adan: ya se vé impresa en su cuerpo la señal de su descendencia; pero advertid, Señor, que al mismo tiempo que cayga sobre él vuestro rayo, caerá tambien sobre vuestro Hijo: ¿qué otra víctima se podrá presentar à vuestra indignacion!

Y vosotros, Catholicos, reflexionad atentamente en las ideas, que deben ocuparos en este dia: ¿qué verdades tan sublimes, y qué verdades de tanto consuelo nos anuncia este Jesus Circuncidado! Recoged vuestra imaginacion, suspended, à lo menos por algunos momentos, las distracciones tumultuosas, cuya ridicula necesidad os impone el mundo en estos dias: el presente, que acaba de hacernos el Cielo, es digno de alguna atencion: Dios es oy glorificado en Jesu-Christo, y los hombres

acaban de recibir la paz, y la salud; y para vuestro mayor consuelo, os propondré en dos palabras todo el asunto de mi discurso.

La gloria que Jesu-Christo, como Salvador, dá à su Padre, nos enseña cómo debemos honrar al Señor: este será el objeto de la primera parte.

La salud que Jesu-Christo proporciona à la tierra en calidad de Salvador, nos enseña lo que debemos esperar del Señor; esto será el objeto de la segunda.

¡Oh, Jesus! No hay nombre que pueda ser mas glorioso, y feliz para el Universo: ¿qué consuelo para mí el poder consagrar en este año las primicias de mi voz, celebrando vuestras maravillas! ¡Oh, Jesus! nombre el mas suave de todos los nombres, reynad, reynad vos solo en mi corazon; no haya otro nombre en mi boca: este nombre dará fuerza, y eficacia à mis palabras, para poderle imprimir en los corazones de todos mis oyentes: tened à bien, Señor, que yo llegue à implorar vuestra gracia, valiendome de la intercesion de vuestra Soberana Madre. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

¿A Qué fin se nos dá oy este Salvador? ¿Qué significa este Jesus? ¿Qué quiere decir esa sangre, que ya se derrama? ¿Por qué nuestro Dios, Señor siempre independiente, se ha determinado à darnos à su Hijo unigenito, mandandole que se ofrezca en sacrificio por nosotros? Todo esto, Catholicos, supone unas verdades, que por una parte

son para nosotros de mucho abatimiento, y por otra muy gloriosas: nosotros teniamos necesidad de un Salvador, pues nos hallabamos en desgracia de nuestro Dios. El mundo necesitaba de un reparador, por haberse hecho obra indigna de su Soberano Artifice: necesitabamos de un Pontifice, y de un mediador: el Cielo havia roto su comercio con la tierra: ¡qué ideas estas tan tristes, Catholicos! Pero ya no debemos acordarnos de ellas, sino para reflexionar en la gloria que de ellas supo sacar nuestro Dios: el Señor nos dá Jesus, è inmediatamente todo este mundo se convierte en la obra mas perfecta, que pudo salir de las manos del Criador: en ella resplandecen con mas claridad las divinas perfecciones, y se asegura à la Divinidad el mas perfecto, y soberano de todos los cultos: en dos palabras; Dios se manifiesta al mundo, y el mundo se hace capáz de honrar verdaderamente à Dios: estas, Señores, son las dos maravillas, obradas por Jesu-Christo para gloria de su Padre.

¿Pero puede acaso darse obra mas magnifica, que la primera obra del Criador? Despues de una eternidad entera, por decirlo asi, en que Dios estuvo solo dentro de sí mismo, se determina, por ultimo, à salir de su Santuario eterno, por medio de la produccion de las criaturas: ¡qué magnificencia, y magestad! En todas partes resplandece el poder del Criador: ¡qué profusion de prodigios! Mirad, Catholicos, mirad ese Cielo estrellado, que sirve de hermoso trono al Criador; mirad la tierra en donde ya habita, como en magnifico Templo. ¡Qué orden, y qué armonía se advierte en todas partes! Todo

es digno de la aprobacion del mismo Criador: y à no tener noticia de Jesus, de un Dios Salvador, no pudieramos imaginar cosa mas grande; pero inmediatamente que le conocemos, Ah! todo lo demás nos parece despreciable: esta, Catholicos, es la mayor obra de la omnipotencia; un mundo de quien es parte un Dios encarnado: ¿conoceis bien, Señores, todo lo que significa esta palabra? Un Dios encarnado, quita al mundo todo lo profano, que en él se halla; ¿y sabeis cómo? Encarnando Dios, se une al cuerpo, y al espiritu, y de este modo santifica, y diviniza en algun modo à toda la naturaleza.

Este mismo Jesus me dá la justa idea, que yo debo formar de mi Dios: es verdad, que el mismo Señor se la havia dado à su Profeta, diciendole: Yo soy quien soy, y antes de mí nada hubo; pero esta magnifica idea no me parecia estar hasta entonces suficientemente fundada en alguna de sus obras: le oygo mandar à la nada, quando crió el Universo: su poder me llena de temor; el orden que establece en todas las cosas, me manifiesta su sabiduría: en la creacion del hombre, à quien forma igualmente libre para el bien, y para el mal, conozco, y admiro su bondad, y su justicia; pero, apenas me atrevo, Señores, à decirlo, para que yo llegase à conocerle como es en sí, fue preciso que Adan pecase, y que se introduxese el desorden en el mundo; porque de resultas de este desorden, se manifiesta Jesu-Christo para reparar el agravio hecho à su Padre; y entonces confundido dentro de mí nada, me veo precisado à exclamar: ¡Oh, Dios! ¡Quién como vos! Vos, Señor, sois infinito en vues-

tra esencia, y en todos vuestros atributos: nada es en vuestra comparacion todo este vasto universo.

Buelvo à repetir, Catholicos, ¿para qué se nos dà un Dios Salvador, sino para reparar la gloria de un Dios ofendido, à quien solamente el mismo Dios podia desagruar? Aunque se trastornára todo este vasto universo, aunque fueran arrojados de él todos los mortales, aunque todos los hijos de Adan fuesen condenados à eternos suplicios, no seria suficiente reparacion del pecado, ni quedaria satisfecha la divina venganza: ofreced à Dios las virtudes de todas las criaturas, crie el Señor otras aun mucho mas perfectas, y juntense todas para entregarse à los exercicios de la mas austera penitencia, nada de esto seria suficiente reparacion del pecado, ni quedaria satisfecha la divina venganza: si todas las Inteligencias Celestes encarnáran, y expiráran todas juntas entre los mas crueles, y terribles suplicios, no seria suficiente reparacion del pecado, ni quedaria satisfecha la divina venganza; y la razon es bien clara, Catholicos, porque no habria proporcion entre la persona ofendida, y la que ofrecia la satisfaccion: solamente Jesus, Dios encarnado, podia satisfacer. ¡Oh, grandeza, oh, magestad de nuestro Dios! ¿Conoceis ya, Catholicos, su magnificencia, y su bondad?

Y asi, ni los dones con que estuvo enriquecido el primer hombre en el estado de la inocencia, ni los mismos dones comunicados à su posteridad, ni el patrimonio de gracia, y de virtud prometido à todo el genero humano, nada de esto manifestaba suficientemente la grandeza de nuestro Dios: las de-

licias del Parayso terrestre, aquella gloria, y aquella felicidad eterna que nos preparaba el Señor en su propio seno, tampoco eran suficientes para manifestarnos un Dios, cuyo amor à sus criaturas fue tan grande, que por salvarlas entregó al sacrificio à su Hijo Unigenito; este es verdaderamente un exceso incomprehensible de amor, el que solamente podia manifestarnos Jesus, Dios encarnado.

Pero aun esto, no era mas que un ensayo, si es licito decirlo asi, de la maravilla que Jesus havia de obrar para gloria de su Padre. Finalmente, el Criador saca de su obra una gloria digna de su magestad: el hombre Dios que le precede en todos sus caminos, hace que se le tributen unos respetos, dignos de su grandeza.

Es cierto, que nuestro Jesus nace en la plenitud de los tiempos, pero tambien lo es, que antes de todos los siglos existia en la mente del Criador: ayer, dice el Apostol, existia, del mismo modo que existe oy, es decir; por Jesu-Christo, y en consideracion à Jesu-Christo la penitencia de Adan fue elevada desde el principio al merito de las obras satisfactorias, y sus lagrimas tienen virtud, para lavar la mancha de su pecado: por Jesu-Christo, y en consideracion à Jesu-Christo son aceptos à Dios los sacrificios de Abel: Jesu-Christo, constituido desde entonces mediador, detiene el brazo de Dios, que amenaza sepultar à todo el mundo en el Diluvio: Un justo se salva, pero solamente es justo por Jesu-Christo. Por Jesu-Christo, y en consideracion à Jesu-Christo, la fé de Abraham se mira como justicia, y merece las recompensas, con que Dios le premia:

finalmente, sin Jesu-Christo no quiere recibir el Criador respeto alguno de sus criaturas: la ley que el mismo Dios dá à Moyses, en tanto le es agradable, en quanto prepara à Jhu-Christo: el olor de sus mas puros holocaustos sube hasta su Trono, solamente porque representa el gran Sacrificio de Jesu-Christo: en tanto le agrada la multitud de sus ceremonias, en quanto son figuras de la venida, y de los Misterios de Jesus: esta, señores, es la gran Theología de San Pablo, explicada por San Agustin.

Pero ya es tiempo, de que se disipen las sombras, pues nos alumbra la luz. El grande Oriente nos ha visitado desde lo alto: nació Jesu-Christo; ahora es quando principalmente puede el hombre alabar à su Dios, y darle gracias: ya tenemos una víctima que poderle ofrecer, digna de su magestad, y un principio de virtudes, y meritos, propios para honrarle.

Pero para mas aclarar esta idea, sin salir de los terminos de la mas exacta verdad, supongamos, que se huviera executado indefectiblemente el primer sistema del Criador en favor del Mundo: supongamos à Adan siempre fiel, y siempre justo, huviera adorado, huviera alavado à su Criador, y el Criador huviera tambien aceptado sus respetos; ¿pero serían estos, en todo rigor, dignos de la magestad de Dios? Ah, Catolicos, ¿Qué proporcion puede haver entre la nada, y el ser supremo, entre el hombre, y Dios? Es verdad, que estos respetos serian respetos de un hijo adoptivo para con su padre; pero tambien serian respetos de una pura criatura para con su Criador, y consiguientemen-

te

te unos respetos infinitamente desproporcionados: pero por la mediacion de Jesu-Christo ya son respetos de un Dios: oid la prueba, y reparad en que no hago mas que copiar à San Pablo.

Pero advertid atentamente la fuerza de la Ex-pression del Apostol: Dios, dice, se arrepintió de haver formado al hombre, no obstante haver sido tan perfecto en el instante de su Creacion: Adan se halla en el estado de la inocencia, y ya Dios se arrepiente de haverle criado; pero no puede arrepentirse de haverle reparado, y si es licito usar de esta expression, de haverle buuelto à criar de nuevo en Jesu-Christo. ¿Y por qué Catolicos? Porque Dios, prosigue el Apostol, está en Jesu-Christo reconciliandose el mismo al Mundo: *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi*. Todos nosotros estamos en Jesu-Christo, Dios está en él, y por este admirable secreto nosotros nos acercamos à la Divinidad, se llena el infinito espacio que havia entre nosotros, y la Divina Esencia, y se arruina el muro de division que entre ella, y nosotros havia levantado la culpa: por nuestra naturaleza eramos nada, y menos que la nada por el pecado, y ahora somos criados de nuevo en Jesu-Christo: *Creati in Christo Jesu*. Y por un efecto de esta nueva Creacion somos hijos de Dios, y en algun modo, Dios es por Jesu-Christo: *Filii Dei*. Siendo partes reales, y verdaderas del cuerpo de un Dios, que se constituyó cabeza nuestra, *Concorporales*, ya en algun modo somos Ciudadanos de la Ciudad Santa: *Cives Sanctorum*. Levantemos, pues, nuestro espiritu, y nuestros corazones: ya podemos adorar, y alabar à nuestro Dios en Je-

Tom. I.

B

su-

su-Christo: *in Christo Jesu*. En él, y por él los mismos Angeles le alaban, le adoran, y tiemblan: nosotros nos juntamos con ellos, para formar en su compañía, bajo una misma cabeza, un solo coro de alabanzas: con ellos cantamos, *Padre Eterno, honor, y gloria à vuestra Magestad por Jesu-Christo*, y así, ya adoremos, ya demos gracias, ya alabemos, ò ya pidamos, siempre es por Jesu-Christo: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*, y esta es la conclusion de todas nuestras oraciones: ved, pues, aquí, Catolicos, una razon, que acaso nunca habiaís bien examinado, y es, que nosotros nada somos en la presencia de Dios, sin Jesu-Christo; pero advertid tambien, que estando unidos à Jesu-Christo, tenemos la seguridad de que nuestras alabanzas, nuestras acciones de gracias, nuestra oracion, y nuestros respetos son tales, que Dios no puede recibir otros más nobles, ni más dignos de su Magestad. Y si me preguntais ¿cómo es esto? No me canso de repetir este excelente principio. Yo estoy en Jesu-Christo, y todo lo soy por Jesu-Christo: yo, vil criatura, no soy quien le adora; le conozco, por la fé que tengo en Jesu-Christo: Jesu-Christo que está en mí, es quien adora, quien pide, y quien da gracias: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*.

¿Quereis, pues, una víctima, digna de ser presentada à nuestro Dios? Oh, Señor, decia el Profeta, si se os ha de adorar segun la grandeza de vuestra magestad, no hay bastante madera en el Libano, para fabricaros Altares: la tierra no produce suficiente numero de animales, para ofreceros sacrificios: si miramos al hombre, ¿qué es su co-

razon? todos sus deseos no alcanzan, para ser digna ofrenda vuestra. ¿En otra religion, que no fuera la que nos enseñó un hombre Dios, pudieramos hacer más? Pero ya, en este hombre Dios, tenemos el Autor, y consumidor de nuestro culto; ya podemos edificar Templos; nuestro mismo Jesus es la piedra, que sirve de fundamento: *Ipsa summo angulari lapide Christo Jesu*. Sobre este fundamento, todo edificio es un templo santo, y digno de Dios: *Omnis ædificatio crescit in templum sanctum*: levantad, Fieles, levantad altares al Señor; yo que ocupo el lugar de Jesu-Christo, que no obstante mi indignidad, me hallo revestido de su Sacerdocio, que soy Ministro de este nuevo Melchisedec, que represento al hombre Dios, unico Pontifice, y unica víctima de nuestra Santa Religion, me presento sin temor; juntaos vosotros conmigo, amados Oyentes míos; en mi nombre, y en el vuestro digo, sin el menor recelo: recibid, Padre Santo, recibid esta Hostia; esta Hostia, que es el mismo Jesu-Christo, es hombre, y así puedo ofrecerle, y sacrificarle; es Dios, y por tanto su sacrificio es infinito.

Quanto más examino à todas las criaturas, más de cerca veo su nada; si registro mi miserable corazón, todavía hallo en él menos que la nada, pues veo que es deposito del pecado; pero en virtud de mi union con Jesu-Christo, ya no obro sino con Jesu-Christo, ò por mejor decir, él es quien obra en mí; y así, él es quien merece por mí. Si, Catolicos, el verdadero merito es propio de Jesu-Christo: nuestra dignidad, y nuestro merito para con Dios, proviene de la gracia, y ésta se nos dá por Jesu-Christo.

Fundado en este principio, prosigo diciendo con el Apostol: ¿qué motivo puedo yo tener, para gloriarme? Mi fé en Jesus destruye en mí toda mi propia gloria: si me quitais à mi Jesus, solamente me dexais mi propia nada: dadme una ley sin Jesus, que me dé fuerza para cumplirla, y la misma ley me guiará à la muerte: esta es la interpretacion de San Agustin al texto de San Pablo: separad mis obras de las de Jesus, y no tendran valor, ni merito alguno en la presencia de Dios: Jesus es quien me distingue, Jesus quien me anima: él es mi vida, mi gloria, y lo es todo para mí: y asi, por la fé en Jesu-Christo toda criatura desaparece en la presencia de Dios: esta preciosa nada, à que la fé nos reduce, es el medio, para que le honren nuestras virtudes: de este modo le glorifican nuestros meritos, manifestandose en ellos tanto su justicia, como su bondad: su bondad, haciendome participe de los meritos de Jesus; su justicia, porque los meritos, que se me comunican, merecen en la realidad, la felicidad infinita con que me recompensa: me recompensa, pues, como Dios magnifico, y como Dios justo: en una palabra, siendo honrado como Dios, me recompensa tambien como Dios.

¿Qué hermosa Religion, y qué culto tan admirable el nuestro, Catolicos! En esta Religion, la Cabeza, el Pontifice, el Adorador, y la Víctima, todo es Dios: la criatura solo entra en ella, como miembro de un hombre Dios: culto por consiguiente divino, y que durará hasta la consumacion de los siglos: el Pontifice siempre vive, prosigue San Pablo: *Semper vivens*, Está sentado à la diestra de Dios, y coloca-

cado en lo mas alto de los Cielos, como Ministro de un tabernaculo, levantado por mano del mismo Dios, y siempre intercediendo por nosotros: *Semper vivens ad interpellandum*. La víctima, aunque todos los dias se ofrece mil veces en sacrificio, vive, y vivirá eternamente: el Sacerdocio es eterno, pues asi lo ha jurado el Señor, y debe ser eterno tanto por la calidad del Pontifice, como por la de la víctima: Pontifice, y víctima son el mismo Hijo, que siempre permanece en el estado de la mayor perfeccion: *Filium in æternum perfectum*. ¡Oh, Dios mio! ¿Quanto se complace mi corazon, en veros honrado de este modo! Os doy gracias, Señor, por Jesu-Christo, de que una fé tan admirable haya sido anunciada por toda la tierra.

Hagamos, pues, una breve recopilacion de todo lo dicho: solamente Jesus es grande en el mundo, y el mundo nada es en la presencia de Dios sin Jesu-Christo: nada debemos amar, ni estimar, sino à Jesu-Christo, ó en orden à Jesu-Christo: solo Jesu-Christo puede honrar à Dios, y merecer para con Dios. Y asi, debemos unirnos con Jesu-Christo por medio de la fé, y de las obras, con el espiritu, y con el corazon, para que de este modo podamos llegar nos à Dios, glorificarle, y merecer sus recompensas: debemos honrar à Jesu-Christo en las criaturas, y à Dios por Jesu-Christo. ¿Qué grande influxo tienen estas dos conclusiones en toda la moral! Pero veamos ahora qual es el bien, que Jesus nos proporciona en consecuencia de esta gloria, que dá à su Padre, que es el objeto de la segunda parte.